97-84033-20

Carbonell, José Manuel

Frente a la America imperialista, la America...

Habana

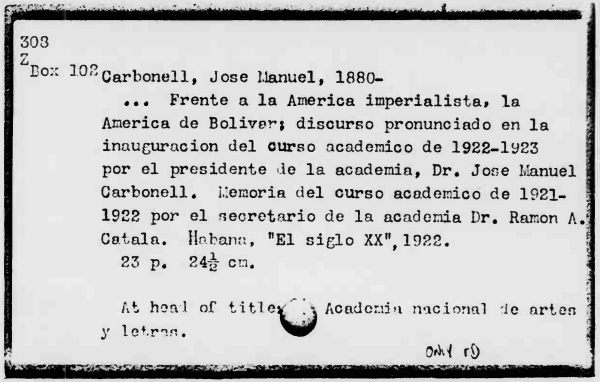
1922

97-84033-20
MASTER NEGATIVE #

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD



308
Z
Box 102 Carbonell, Jose Manuel, 1880-
... Frente a la America imperialista, la America de Bolivar; discurso pronunciado en la inauguracion del curso academico de 1922-1923 por el presidente de la academia, Dr. Jose Manuel Carbonell. Memoria del curso academico de 1921-1922 por el secretario de la academia Dr. Ramon A. Catala. Habana, "El siglo XX", 1922.
23 p. 24½ cm.

At head of title: Academia nacional de artes y letras.

RESTRICTIONS ON USE: Reproductions may not be made without permission from Columbia University Libraries.

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 mm REDUCTION RATIO: 11:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 3-3-97 INITIALS: MS

TRACKING # : 22233

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

Through ... Printer's Office

ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

FRENTE A LA AMERICA IMPERIALISTA
LA AMERICA DE BOLIVAR

308
Z
Bo...

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA INAUGURACION DEL CURSO ACADEMICO DE 1922-1923
POR EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

DR. JOSE MANUEL CARBONELL

MEMORIA

DEL CURSO ACADEMICO DE 1921-1922

POR EL SECRETARIO DE LA ACADEMIA

DR. RAMON A. CATALA

HABANA
—
IMPRENTA «EL SIGLO XX
TENIENTE REY 27
1922

ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

FRENTE A LA AMERICA IMPERIALISTA
LA AMERICA DE BOLIVAR

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA INAUGURACION DEL CURSO ACADEMICO DE 1922-1923
POR EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

DR. JOSE MANUEL CARBONELL

MEMORIA

DEL CURSO ACADEMICO DE 1921-1922

POR EL SECRETARIO DE LA ACADEMIA

DR. RAMON A. CATALA

HABANA
—
IMPRENTA «EL SIGLO XX»
TENIENTE REY 27
1922

FRENTE A LA AMERICA IMPERIALISTA
LA AMERICA DE BOLIVAR

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS DOCTOR JOSÉ MANUEL CARBONELL, EN LA SESIÓN SOLEMNE DE APERTURA DE CURSO 1922-1923 CELEBRADO EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS LA NOCHE DEL 31 DE OCTUBRE DE 1922.

Señores Académicos:

SIGUIENDO el propósito que me había trazado el año anterior, pensé dedicar mi discurso reglamentario de esta noche, con motivo de la apertura del curso académico 1922-1923, a loar la vida y repasar la obra del infortunado poeta matancero Miguel Teurbe Tolón. Pero son tan excepcionales las circunstancias por que atraviesa la República, rodeada de asechanzas y tenebrosos peligros que me creo obligado, como mantenedor de los ideales constitutivos de su historia, y en mi carácter de Presidente de esta Corporación, a posponer mi propósito meramente literario para hablar de los problemas palpitantes con el pensamiento puesto en la patria que, por la culpa de quienes más debieran prevenirla y honrarla, se encuentra casi desvanecida, a extremo tal que parece simbolizarla no ya su estrella, sino la cruz sobre sus hombros vislumbrada por cuantos tienen ojos para ver y corazón para sentir.

Son muy opuestos, como sucede siempre en casos de pacientes graves, los criterios sustentados alrededor de esta crisis. Hay

quienes, perdiendo de vista el concepto de la soberanía, juzgan incompatible oponerse a la ingerencia extranjera y mantener el propósito de reedificar y limpiar la casa, que llena de podredumbre se nos viene abajo. Y este es un error padecido por cuantos confunden la moral doméstica con la moral nacional, que obliga en primer término al ciudadano a ser celoso y vigilante mantenedor del dogma que tiene por fundamento la inviolabilidad del territorio.

Dura suerte es la que corresponde a los pueblos de este hemisferio, condenados por su posición geográfica al capricho de vecinos poderosos que juegan con su destino y empañan su historia poniéndole emboscadas al sentimiento nacional.

Pero no porque las medidas radicales y extirpadoras del mal que nos conturba estén fuera de nuestro alcance, debemos entregarnos, con fatalismo musulmán, a la extraviada idea de que sólo nos queda el recurso de someternos y aguardar que el bien nos venga de afuera; cuando es lo cierto que éste sólo podremos conquistarlo con nuestro esfuerzo, con nuestra virtud, con nuestra celosa devoción a los principios por los cuales luchamos y sufrimos en largos años de sacrificios sin cuento, compendiadores de la indomable energía con que nos consagramos a convertir en un paraíso de libertad y de civilización la mazmorra colonial en que abrimos los ojos al mundo.

Es evidente que no son satisfactorios, y mucho menos consoladores, los resultados que hemos obtenido desde que derribamos con los picos libertadores de la fe insurrecta la vetusta fortaleza de la dominación española. Pero debemos tener presente, no para aminorar la culpa a los reos de la corrupción imperante, sino para sacar en consecuencia inolvidables enseñanzas, que no somos los únicos responsables de tantos desastres, sino que precisamente nos vino de afuera, a virtud de las condiciones en que hubo de establecerse la República, la corriente aniquiladora que debilitó la fe y destruyó en su raíz la conciencia del sufragio, punto de partida de las enormes desventuras que han abatido y casi disuelto en el espíritu de los menos resistentes las esperanzas de una mejor orientación.

No pretendo, al descorrer la cortina del ayer cercano, dividir responsabilidades entre los de aquí y los de allá, porque

creo que éstas, totalmente, deben recaer sobre los que, olvidando su deber, no tuvieron la previsión de rechazar, o fueron dóciles en admitir, la coparticipación de un gobierno extraño en las interioridades del propio, libre de hecho y de derecho.

Empero, es conveniente anotar al margen del diario doloroso que la República va escribiendo con la mano del tiempo y con la pluma mojada en la tinta de los acontecimientos, las observaciones que aconseja la experiencia no echar en el tonel fabuloso porque, si éstas no pueden rectificar errores pasados, pueden y deben contribuir a hacer menos incierta y precaria su suerte futura.

Es indiscutible, absolutamente indiscutible, que la Enmienda Platt que aceptaron los constituyentes cubanos contra su voluntad, y contra la de sus mandantes, por razones que comprueban la amarga moraleja apuntada por Esopo en su fábula de *Las liebres,* ha sido origen de incontables males, porque con los ojos fijos, en ella, a la cual atribuyeron los primeros mandatarios de la República la virtud de desarmar el derecho del pueblo para ejercitar sus deberes, se realizaron los primeros atentados contra el sufragio. Ella fué, es, y será mientras subsista a modo de un disolvente del sentimiento nacional; y ha servido de pretexto a gobiernos y políticos para mezclar en sus querellas, de carácter faccionario, a una nación por la cual si es justo que sintamos estima en pago de la hospitalidad que nos brindó en nuestra última lucha contra España, no es prudente ni juicioso ni lógico que le entreguemos las llaves de la casa para que haga en ella cuanto le venga en ganas.

La Enmienda Platt, que ha sido como el clavo del cura famoso que pidió permiso para colgar su saco y acabó por echar al amo de la casa, significa, como ha dicho muy bien el ilustre académico y adalid de la buena causa Manuel Márquez Sterling, "el pesimismo opuesto al nacionalismo, y conduce al propósito de la independencia sin el propósito de la soberanía".

La actitud francamente imperialista asumida por Estados Unidos de Norteamérica en lo que va de siglo, impone a todos los países de origen latino, y muy especialmente a los que se encuentran en el radio de su influencia política y económica, una actuación acorde con la realidad circunstante.

Debemos gritar y repetir sin miedo que recelamos de sus intenciones y que nos inquieta cada día más, hasta el punto de desvelarnos, el papel que se han adjudicado a título de fuertes en relación con el semillero de pueblos que habitan el continente desde Tierra del Fuego a Panamá, sin excluir a las Antillas, por lo cual no es extraño que nos pronunciemos contra sus designios pensando que laboran en su beneficio, y no en interés del progreso y de la civilización.

Los Estados Unidos serán respetados y amados y consultados como hermano mayor el día que resguarden con sus actos la independencia política y la integridad territorial de sus vecinas de América. La paz, como observara el ex-Presidente Wilson, que a imagen de Saturno devoró sus doctrinas y quemó sus evangelios altruístas en la hoguera de sórdido egoísmo, sólo puede basarse en la mutua confianza. Mientras haya sospechas habrá disensiones, y mientras haya disensiones habrá guerras.

Los atropellos cometidos por los gobiernos de Washington contra las inermes repúblicas del continente que aspiran a cubrir con su bandera, son notorios, y no pueden pasar inadvertidos para los que aquí pensamos en soluciones más eficaces que las derivadas del empeño, más aparente que real, de sanear una administración infestada por el microbio de la rapacidad.

Sus financieros y promotores—agentes del imperialismo vigilante, que se adueñan del suelo y hacen de su propiedad un arma para amenazar la independencia—son enemigos de mucho más cuidado que los enjambres de ratones socavadores de la casa, que desaparecerían como por encanto si todos los que ahora truenan contra la concupiscencia y ven en la ingerencia su remedio se acordaran, en el cumplimiento de su deber, para honra de la patria, de que frente a la delincuencia de los ratones la justicia estriba en sentirse gato.

Ciegos son, o pecan de mala fe los que no ven en la pérdida de la preponderancia económica, por el traspaso progresivo de la tierra a manos extranjeras, el riesgo mayor que amenaza la independencia. El nacionalismo del suelo es el soporte de granito donde se afianza la soberanía. La influencia de la plutocracia norteamericana en el gobierno de los pequeños estados es nociva y perturbadora para su libertad; y la fiscalización política del

gobierno de esos extranjeros sobre el del país en que viven es de consecuencias incalculables; porque, so pretexto de una superioridad que no tienen, se inmiscuyen en sus asuntos internos sin identificarse con sus ideales y aspirando, en su codicia, a reducirlo a condición semejante a la de Irlanda y Tejas en el siglo pasado y a la de Hawai en el presente: a un feudo de propietarios adinerados, a costa del martirio, de la miseria y de la esclavitud del nativo—; que hacen de su extranjería, como apuntara recientemente el señor Enrique José Varona, una defensa de sus intereses particulares, convirtiéndola en privilegio.

El fenómeno a que me refiero no es nuevo: tiene sobrados y lamentables antecedentes en nuestro país.

El presente y el porvenir de Cuba no dependen, exclusivamente, de la virtud administrativa y de la independencia política de que hasta hace poco gozamos, sino que radica en lo posesión de la tierra, que es productora de la riqueza, garantía de crédito, y la que en definitiva asegurará la independencia económica de sus hijos.

Recuerdo ahora que el insigne repúblico Manuel Sanguily, en su discurso, bellísimo de forma e invulnerable de fondo, combatiendo el Tratado de Reciprocidad con los Estados Unidos, observaba cómo el norteamericano viene aquí de paso, "a emplear su capital o aplicar su actividad productivamente a una riqueza para sí, aunque aproveche a los demás, pensando en dar un salto, dándolo con frecuencia a la tierra nativa, manteniendo así su sentido nacional, alimentando de continuo el sentimiento por el cual quisiera que su bandera ondeara soberana hasta el último confín meridional; en tanto que nosotros cejamos y vamos poco a poco rindiendo nuestra tierra a los millonarios invasores, perdiendo así la base de nuestra natural influencia, porque al desprendernos de la tierra nos desprendemos de la condición y fundamento de nuestra personalidad y soberanía."

Es lamentable que haya quienes crean que la panacea de nuestros males es la intervención extranjera, y la felicidad del país el aumento progresivo de las compañías anónimas, acaparadoras de tierras. No es estrangulando la soberanía como se afianza el futuro. El intervencionismo es la guillotina a donde

los políticos de corta vista y manos largas conducen la República: es el virus que envenena su sangre y le paraliza el corazón.

No hay orientación más propicia, en la hora presente, que aquella que Rodó compendiaba en formar el sentimiento hispano-americano y propender a arraigar en la conciencia de nuestro pueblo la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única.

Ejemplos evidentes tenemos del proceder taimado de Norteamérica en relación con las repúblicas latinas, en el despojo de que hicieron objeto a Colombia, arrebatándole un pedazo de su territorio con miras interesadas; y si esto no fuera bastante pudiéramos recordar su desastrosa preponderancia en las repúblicas del Centro; su actitud, velada por ocultas intenciones, con México; y su agresiva hostilidad, culminante en la supresión del régimen constitucional, en Santo Domingo y Haití.

Su política en Cuba si no ha ido tan lejos en la práctica como en los dos últimos pueblos citados, en lo moral ha dejado mucho que desear. En 1916 pudieron salvarla del naufragio de la libertad y del horror de la guerra fratricida, ya que arbitrariamente se arrogan la facultad de guiarla, con una simple recomendación preventiva. Y no lo hicieron. Antes al contrario, alentaron entre bastidores la tormenta del golpe de estado, y cuando se desencadenó, como consecuencia del mismo, la protesta armada de 1917, ampararon con sus rescriptos irreverentes los desmanes de la dictadura; refrendaron, pisoteando nuestro derecho y olvidándose del respeto a que son acreedores los pueblos que supieron conquistarlo y no desean perderlo sometiéndose a improvisados tiranos, la política desconcertante, por transgresora, de su ministro en Cuba, y persiguieron como enemigo a la mayoría del país, tildándola de germanófila, porque no besaba humildemente el grillete con que se la ataba y que ellos contribuyeron a remachar.

Lo que vino después no pudo sorprendernos. El partido que circunstancialmente representaba la libertad, vencido por los resortes de la ingerencia, abatió su bandera y se entregó de rodillas a sus pies, esperando de ella el advenimiento de la justicia, al calor de ilusorias promesas que pronto rodaron desvanecidas.

La sumisión, el renunciamiento de un programa y de la propia personalidad, el sueño roto de la revisión de la elástica Enmienda, soluciones tomadas bajo la frágil y voluble guía de las clases dirigentes del partido maltratado por el látigo del intervencionismo, no trajeron la legalidad, y nuevos atropellos al derecho y nuevas violaciones del sufragio determinaron el parto de un gobierno ilegítimo, gemelo del anterior por los procedimientos puestos en práctica para precipitar su nacimiento, pero esta vez con el visto bueno del representante de los Estados Unidos.

No estoy haciendo historia por el gusto de recordar sucesos infaustos, sino para interrogar si es posible afianzar la justicia y la razón sobre lo que es producto de la ferocidad y del fraude.

Aquellos polvos trajeron estos lodos, y no son los Estados Unidos de Norteamérica los que, a semejanza de Pilatos, pueden ahora lavarse las manos y arrojar sobre nosotros la primera piedra como reza la leyenda bíblica, invocando la santidad de su consejo; porque todavía, en medio del desconcierto que su presencia nos causa, hay, por fortuna, un grupo numeroso de patriotas hostiles y rebeldes a su inferencia que no se ocultan para recordarles sus procedimientos y protestar, en nombre de imperecederos ideales, de su permanencia en esta tierra que mancillan con su planta.

Anarquizada la administración, la corrupción triunfante, la justicia desquiciada y sin rumbo, el tesoro exhausto, y empobrecida la industria nacional por la crisis tremenda que hace presa del universo y que sobre nosotros se reflejó en los últimos dos años, sólo nos queda un remedio, si queremos prevenirnos del naufragio a que estamos abocados: rectificar los métodos que nos llevaron a la ruina y reconstruir el crédito a fuerza de virtud y de trabajo.

Pero esta medida, por la cual ha clamado el país en todas las épocas sin ser oído por sus gobernantes, hemos debido tomarla y debemos seguirla al pie de la letra por cuenta propia y sin necesidad de apuntadores ni de intérpretes.

Es en extremo doloroso que se diga y se repita que constituímos un atajo de pillos y que determinadas fórmulas nos han

sido impuestas por quienes manipulan en nuestros asuntos interiores, sin que nadie recuerde que por esas soluciones han clamado miles de cubanos que no han convivido con la podredumbre ni se han dejado cegar por los deslumbramientos de oro del peculado.

Aspiremos a una vida más pura y próspera; pero sin dejar de hacer frente a la intromisión de los que a tiempo de enjuiciarnos, por vicios de que no están exentos, invaden los campos de nuestra soberanía y pisotean la Constitución a título de amigos infalibles y buenos, como si pensaran en su inefable frescura que aquí todos padecemos de amnesia y que, por lo mismo, hemos olvidado que fueron ellos quienes, durante la primera intervención, en vísperas de constituirse la República nos enseñaron a violentar el sufragio, y a derrochar y malversar los fondos públicos durante la miliunanochesca época del proconsulado de Magoon; como si fuéramos tan flojos de memoria que no recordáramos que el mismo enviado del Presidente de Estados Unidos que actualmente clama por la implantación de un régimen honesto y por el estricto cumplimiento de las leyes, fué aquí, en pasado muy reciente todavía, el instrumento de una situación despótica que sancionó los desaguisados de un régimen unipersonal, y que todos vimos con asombro cómo aquella mascarada electoral que profanó el derecho y desvaneció esperanzas de justicia fué consagrada por él como la consecuencia de un referéndum insólito y sin precedentes.

Si el patriotismo, tal como lo define la razón que no se deja arribar por las sinuosas olas de convencionalismos suicidas, no estuviera tan desvanecido en el corazón de los que nos representan, la solución de la crisis no sería tan oscura ni la suerte de la nacionalidad tan precaria.

Todos los sacrificios, aun en el supuesto de que haya quienes consideren sacrificio volver a la vida ordenada, deben realizarse a cualquier precio, y no porque eventualmente se nos exijan, para recobrar la autoridad moral que nos restituya el antiguo valor para oponernos al híbrido reinado de factores que nos humilla.

Hay que purificar la casa, pero sin entregarla a la mayordomía invasora; poner en la picota a los merodeadores del erario

que se han enriquecido a costa del decoro nacional; traer al servicio activo la capacidad y la honradez, jubiladas por los aventureros del matonismo que han incubado el desastre; y, con plena ejecutoria de bien, poner término a esta deprimente situación que pesa como una losa sobre el corazón de la patria.

Un pueblo libre y consciente de su destino no puede tolerar, ni ver con buenos ojos, la progresiva mutilación de sus derechos al amparo de un Tratado de virtud negativa que sólo ha servido para excitar la geofagia de las carboneras, difundir el embuste de la filantropía y clavar las industrias nacionales en la cruz de onerosas tarifas económicas.

Es un deber de cuantos tienen en sus manos el timón de la República dirigirla por cauces de serenidad y de confianza. Sólo así podrá ocupar el puesto que en justicia merece por su situación geográfica y por el heroísmo y la sabiduría de sus hijos, que han dado pruebas de su devoción al progreso y de su culto a las ciencias y a las artes escribiendo sus nombres bajo el pendón de Cuba en el libro de los inmortales.

No es cediendo sin cortapisas y tomando circunstancialmente toda clase de revulsivos, por peligrosos que sean, como se rebasa una crisis. Ningún hombre, por encumbrado que esté, debe pesar más que su pueblo en la balanza del destino. Los hombres pasan, se alzan fuertes o caen por el suelo a merced de los acontecimientos, pero lo que no pasa si no se borra con esponjas de luz es el estigma infamante con que se nos quiere marcar.

Es obra de locos o de malvados querer detener el rayo de la justicia nacional con miras personales. El presidio se ha hecho para los delincuentes, y es triste cosa que tengamos la patria entre cadenas mientras sus asesinos se pasean bajo palio por las alturas oficiales. Hora es de que los malversadores de la fe pública y del tesoro ocupen su puesto en las galeras de la cárcel; hora es de que no se aspire a representar al país blandiendo en la diestra un revólver o un puñal, sino con la mano puesta en el libro de la Ley y el pensamiento fijo en el servicio útil y desinteresado; hora es de que los uniformes resguarden el derecho de la democracia y no sean los fantasmas del ciudadano y los alabarderos de la dictadura; hora es de que se cotice en el mercado de la política la sabiduría de los que piensan y la conducta

de los que han practicado y pregonado la necesidad de ser virtuosos; hora es de que las aguas vuelvan a su nivel, y de que el Poder Judicial, respaldado por una independencia efectiva, sirva para empeños más nobles que los de castigar, únicamente, a los que carecen de influencia para convertir su delito en plataforma electoral.

Aboguemos, y no cruzados de brazos, sino con el pensamiento activo y las manos puestas en la tarea de crear, por el advenimiento de una época que sea el reverso de este presente doloroso y sin orientación. Hombres capaces y de sanos propósitos tenemos para acometer toda clase de empresas. Lo que necesitamos es metodizar la vida dentro de los moldes de una democracia sincera que inspirada en la ley y en la equidad, garantice todos los derechos al amparo de los llamados por su ministerio a aplicar esa ley realizando los fines de la justicia, que no individualiza, sino que se reconcentra y actúa en un ambiente abstracto de imparcialidad y de pureza.

No es lógico pensar que nos aferremos al propósito suicida de morir en una gusanera cuando podemos y debemos aspirar a vivir en la República amorosa, vestida de limpio y empapada de sol. No hay pueblos de santos ni de pecadores, y no es justo que caiga sobre el nuestro el dictado de abyecto. El bien y el mal, la virtud y el crimen, la verdad y el error se manifiestan en todos los conglomerados humanos; pero unos y otros se castigan o se premian sin parar mientes en si el que comete un delito es un potentado o el que realiza una buena acción es un menesteroso. Eso es lo que nos ha faltado a nosotros: la medida del bien y del mal. La sanción pública ha carecido aquí de órganos que hicieran repercutir su voz desoyendo los halagos y rechazando las mercedes de los que, envueltos en su investidura, tomaban y disponían de los dineros del procomún para encenagar las conciencias y someter la voluntad de los llamados a fiscalizar sus actos.

Ah!, es un proceso de horror el que abarca la mente al lanzar una mirada retrospectiva sobre el cuadro pavoroso de los últimos diez y seis años. Hemos retrocedido a paso de carga. De escalón en escalón, de error en error, hemos descendido, sin soberanía y casi sin bandera, al abismo en que nos encontramos.

Voces no faltaron que, como si clamaran en el desierto, dieran la señal de alarma y anunciaran el cataclismo que había de traer aparejado, como inevitable secuela, el eclipse de la nacionalidad. Ni siquiera tenemos, en el infortunio, la suerte de que nos asista la razón. Desposeídos de autoridad, convictos de codicia y de rapacidad insaciables, nos encontramos frente al intruso omnipotente, inermes y sin un palmo de tierra firme donde defender los principios fundamentales de la autodeterminación hechos trizas. El penetró en nuestra casa, sin respetos ni miramientos, llamado por los corifeos de la política a que la realidad nacional da apariencias de mandatarios legítimos. Unos y otros, los del gobierno y los de la oposición, olvidados de las cosas grandes y obcecados por los pequeños intereses, clamaron por su presencia, se arrodillaron a sus pies llenándolo de flores, se convirtieron en sus alguaciles, y postraron a su planta la Constitución, que es el ánfora sagrada donde palpita el espíritu inmortal de la República.

Lo que ha fructificado después es la natural cosecha de la semilla que sembramos. Estamos en el momento crítico de la enfermedad. Los que imprevisoramente abrieron las puertas de la patria a la ingerencia, no pudieron sospechar hasta dónde rebasaría ella los límites de lo racional. Bajo la apariencia de un abuelo que se acerca al nieto descarriado para darle un consejo, ha traspasado el umbral del templo para imponernos condiciones que han abolido el régimen convirtiendo en una especie de subalterno maniatado al jefe de la casa. Se ha dado el caso estupendo de que el Enviado o agente de la Casa Blanca haya influído en la designación de los miembros del actual gabinete, convirtiéndose, de hecho, en un dictador que echando por tierra las prerrogativas constitucionales del jefe del estado, se subroga en su lugar, dicta leyes a los cuerpos colegisladores y decreta el ostracismo de los que no se le inclinan reverentes para solicitar mercedes.

No es permitiendo la profanación del culto como se asientan los fundamentos de la religión. No es entregando el fruto de nuestro amor a la caricia libertina del extraño como se protege la dignidad de la familia. La historia no justificará nunca la conducta de los que con sus actos, que acaso sólo sean producto

de la inexperiencia, o de la ausencia de sentido común, han comprometido los supremos intereses de la patria, arrodillándola como una prisionera a los pies de nuestros prusianos de América.

No hay felicidad sin patria, y la patria no existe sin la autodeterminación, que es el principal elemento que la forma. Todos los sistemas de gobierno ajeno, principiando por los que encubren sus verdaderos fines con la máscara aparatosa del altruísmo, son abominables, y han fracasado en el ambiente de libertad del mundo.

Ved si no como los viejos pueblos de Europa, Asia y Africa que han gemido bajo la férula de poderosas naciones, comprendiendo al Egipto y a la India, levantan contra sus dominadores el pendón de la rebeldía. Y oid cómo los pueblos nuevos, que rompieron sus antiguos dogales enarbolando la enseña de sus aspiraciones al resplandor rojizo de la monumental contienda, ponen el grito en el cielo y se revuelven airados contra el régimen del mandato, que no es en realidad otra cosa que una patente de opresión inventada por los apócrifos apóstoles del derecho reunidos en Versalles para imponer su voluntad a los débiles.

Pero el espíritu de libertad no muere nunca. Frente a la profecía de los que proclaman el triunfo definitivo de la fuerza, robustecida por el invento de aeroplanos, tanques, sumergibles, y gases mortíferos, se pronunciaron, en nombre de la verdad y la justicia, esos abnegados y sublimes patriotas irlandeses que siguiendo la huella de Collins y De Valera asombraron al universo con sus hazañas estupendas, manteniendo en jaque, a virtud de un nuevo sistema de guerrear, implantado por ellos, a la flor y nata del ejército británico. ¡Qué lucha aquella tan excepcional y tan ruda y tan desconcertante! En la calma aparente de la ciudad y como un rayo que se desprendiera de una nube en un día de verano, irrumpían los fenianos por calles y plazas disparando sus armas y tremolando sus banderas. Daban el pecho al enemigo sorprendido y, a poco, triunfantes o derrotados, desaparecían dejando atrás la devastación y el incendio como si la tierra amorosa de su nacimiento se los tragara para ocultarlos en su seno con amor de madre en espera de una

nueva oportunidad para lanzarlos al asalto. ¡Qué pruebas de valor y de astucia las que han ofrecido esos valientes irlandeses, dignos por su culto a la libertad de todas las recompensas de la tierra y de todas las bendiciones del cielo!...

Frente al dilema irlandés de independencia o muerte, la fuerza representada por Inglaterra, pactó con el derecho de los sublevados sobre la base del Estado Libre, que desgraciadamente no ha traído la paz y ha encendido la guerra fratricida entre los que ayer defendían un mismo ideal.

Pero no ha sido mi objeto hablar de Irlanda y de la simpatía que su redención me inspira, sino recordar el ejemplo de amor y de respeto a la soberanía y a la integridad del territorio de que dieron muestras en el mismo instante en que asomaba su rostro de Medusa la discordia civil. Hubo un momento, durante las negociaciones para traspasar el gobierno a los elegidos del Estado Libre, en que Inglaterra pensó demorar la retirada de sus tropas contraviniendo, por la gravedad de las circunstancias, las bases acordadas; y al sólo anuncio de que tal acuerdo iba a tomarse, todos los irlandeses protestaron, y hubieran vuelto a unirse en la confraternidad de los antiguos ideales las facciones en discordia si ante las exigencias de que continuara la evacuación, formuladas por el gobierno de Collins, no hubiera resuelto favorablemente su demanda el gobierno de Inglaterra.

Ah! yo podré ser para muchos de los que tesoneramente cantan loas al usurpador, un idealista empedernido que se entretiene en soñar con la soberanía sobre esta almohada de espinas y de fango. Pero si los viejos soldados de la gloriosa selva revolucionaria pudieran ponerse de pie, dirían que los locos no son los que protestan de la vergüenza interior y de la intromisión ajena, sino los que en delictuoso desvarío sueñan con la fantástica quimera de reconstruir la patria sobre el sofisma trágico que elabora su ruina.

Batallando entre nosotros día tras día y con una fe superior a los males que nos afligen, la esperanza de fabricar un pueblo grande sobre las cenizas de la antigua factoría española, no es una utopía. Pero si faltos de razón y dejándonos llevar por los paradójicos postulados de encubiertos y nostálgicos anexionistas, nos desentendemos de la suerte de la patria y ponemos

su bandera en la mano del vecino poderoso, entonces sí, no es aventurado augurar que en un próximo mañana desaparecerán las instituciones creadas por el sacrificio, y sobre los escombros morales de una patria que no tuvo tan siquiera la gloria de ser destruída por el fuego, se posarán las águilas sobre los yertos despojos de la estrella apagada.

SI, como reza el aforismo de Gracián, el trabajo cumplido da al hombre honra y deleite, bien pueden los Académicos de Artes y Letras mostrar hoy, jubilosos, la nueva cruz de honor que han ganado por el esfuerzo meritísimo, por la ímproba labor realizada durante el año académico que acaba de transcurrir. Hay que remontarse a la época de nuestro advenimiento a la vida oficial, en que el ardiente entusiasmo de la iniciación espoleaba nuestra actividad, llevándonos a empeños que sobrepasaban el deber cumplido, para encontrar un período en que la Corporación haya trabajado con tanta eficacia y provecho, con tan tesonero afán de llenar cumplidamente los fines que le atañen.

Nuestras sesiones solemnes y públicas en el pasado curso confirmaron de un modo elocuente, el patriótico espíritu que ha sido norma no olvidada por la Academia en ninguno de sus actos y deliberaciones, como si de ese modo quisiera confortar el sentimiento nacionalista, necesitado por desgracia entre nosotros de constantes estímulos. Y así vemos en la sesión inaugural de nuestros trabajos, que el Presidente borda su admirable discurso, alrededor de la vida y las obras del poeta José Agustín Quintero, más que para consagrar al ilustre hombre de letras, como un pretexto para entonar un himno al glorioso rebelde que vivió en el extranjero con el pensamiento en la patria, por la que sufrió persecuciones y el destierro. Y esa misma noche, con

motivo de la recepción del por tantos títulos meritísimo doctor Mariano Aramburo, el Académico Néstor Carbonell, encargado de contestarle dió a su réplica un tono de inconfundible nacionalismo, haciendo vibrar en ella los más vigorosos acentos de amor a la patria mezclados con los más cálidos y viriles del más loable civismo.

Más tarde escaló la tribuna de esta Corporación el esclarecido Varona, a instancias de nuestro Presidente, y también busca en temas patrióticos asunto para su disertación y de sus labios austeros oímos las más ardientes imprecaciones, los más enérgicos apóstrofes, nobles arranques de un acongojado corazón cubano ante las desgracias de la patria. Y luego, conmemora la Academia el nacimiento de Martí—la más pura gloria de la patria—y otra vez los oradores saben unir al himno arrebatado y a la triste elegía el grito de alerta, la sabia admonición, que son como desbordamientos de un ansia irreprimible porque la República sea cada vez más fuerte.

Instituída la Academia por Decreto de 31 de octubre de 1910 y reconocida como Corporación oficial y persona jurídica por la Ley del Congreso de 2 de julio de 1914, venía rigiéndose por los Estatutos y Reglamento que la Academia misma había discutido y aprobado en las primeras sesiones celebradas después de su constitución y que sancionados por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes fueron promulgados en la Gaceta Oficial de 30 de abril de 1911. Con ligeras variantes, ellos han sido la ley a que ha sometido su vida esta Corporación hasta ahora en que, después de reflexivo estudio y preparación, se han derogado los primitivos Estatutos y Reglamento, sustituyéndolos por unos nuevos Estatutos que hemos aprobado después de amplísima discusión. Los fines y propósitos de la Corporación no podían variar. Antes y ahora nuestro principal propósito ha de ser el cultivo y mejoramiento de las letras y de las Artes en Cuba y en los nuevos Estatutos se intensifica aún más, si ello fuera posible, tan noble ideal. Sólo en la forma y en el procedimiento ha habido algunos cambios. Se pensó por un grupo de Académicos que la Corporación ganaría en cohesión y por tanto en fuerza positiva, si las cinco Secciones en que actualmente

se encuentra dividida la actividad de la Academia pudieran refundirse en dos solamente que abarcaran de una parte las tres artes plásticas y la música y de la otra las letras, con alguna legítima autonomía interior, y sin perder la unidad corporativa que a todas da prestigio y carácter. Pero a poco de ser conocido el proyecto de reforma surgieron oposicionistas—particularmente de las Secciones de Pintura, Escultura y Arquitectura—prevaleciendo, en definitiva, el criterio de la antigua constitución de la Academia en las cinco Secciones de Literatura, Música, Pintura, Escultura y Arquitectura, en que las dividió el primitivo decreto de constitución. En el número y nomenclatura de los Académicos también hubo dos opuestas tendencias claramente definidas y calurosamente sostenidas durante las discusiones: unos eran partidarios del *statu quo*, fundándose en el respeto a la tradición, no alcanzándoseles qué razones podían llevarnos a olvidarla; y otros, tan radicales como sus contendientes, sostenían la necesidad de reducir los actuales 65 miembros de número por lo menos a 40, con objeto de simplificar la vida de la Corporación, que con menos componentes podría seleccionar mejor su personal y hacer la vida del trabajo más eficiente y armónica. Ninguna de esas dos tendencias logró triunfar, llegándose a términos de conciliación entre ambas, en virtud de los cuales quedó reducido a 53 el número total de Académicos de número distribuídos en la forma siguiente: 17 para la Sección de Literatura y 9 para cada una de las otras Secciones, obteniéndose, por tanto, una rebaja de 12 Académicos de número del cómputo total.

Los miembros Correspondientes serán en lo sucesivo sólo 46: 18 para cubanos que residan fuera de la Habana y 28 para ilustres personalidades extranjeras. Anteriormente, el número de estos últimos era ilimitado y se llamaban Miembros Honorarios, nomenclatura que ha quedado extinguida en los nuevos Estatutos. Los Correspondientes en el viejo Reglamento eran 24; por lo que se ve que el criterio restrictivo triunfó en toda la línea.

En la composición interna de la Academia ha habido cambios importantes. Los miembros de número que estén ausentes de la Habana más de dos años, pasan automáticamente a la condición de Supernumerarios, nueva clase que se crea en los Estatutos

y que conservarán casi todas las prerrogativas de los de número a la que podrán ser reintegrados al regreso a la Habana solicitando la primera vacante que ocurra. También se crea la clase de Académico electo, para los elegidos que dejan transcurrir el plazo para la presentación de su discurso de ingreso y a los que se reconoce el derecho espectante de ocupar la nueva vacante que ocurra sin perjuicio del derecho preferente que corresponde a los Supernumerarios. Han sido estas reformas aconsejadas por la experiencia e inspiradas en sanos principios de equidad, pues si no era justo conservar la integridad de sus derechos a los que por cualquier circunstancia no pudieran prestarnos con su presencia el calor de su cooperación, tampoco lo era negarles por completo la condición de Académicos a los ausentes o a los que faltaran a un determinado número de sesiones y lo mismo puede decirse de los que habiendo sido llamados con nuestros votos a compartir las tareas de la Corporación a quienes en el viejo Reglamento se repudiaba si a los seis meses no habían presentado su discurso de ingreso.

Pero en donde la Academia pudo demostrar una absoluta y firme libertad de opinar fué al debatirse la creación de una Comisión de Gobierno con ciertas facultades ejecutivas que a muchos parecía que coartaban la libérrima soberanía de la Academia para resolver las cuestiones inherentes al orden interior, al manejo y administración de sus fondos, formación de presupuestos de gastos y ordenación de pagos. Intenso fué el debate, pero la mayoría se manifestó abiertamente contraria a la reforma y sólo se allanó a una transacción cordial cuando los partidarios de la Comisión, para que no desapareciera, puesto que al cabo convenía su existencia en una u otra forma, la hicieron revivir despojada de sus atribuciones resolutorias y presentándola sólo como un organismo encargado de proponer y sugerir a la Academia para su resolución definitiva todo cuanto fuera reglamentario o prudente. Y en esta forma figura en los nuevos Estatutos como órgano eficientísimo para la más eficaz y metodizada marcha de la Corporación.

Como demostración de que es la muerte lo único inevitable en la vida, también este año lloramos la eterna desaparición de

algunos compañeros. Fué el primero en caer, el que habría sido el Benjamín de los Académicos si el Destino no hubiera detenido su paso ante los umbrales de la Corporación. Elegido con el consenso unánime de los Académicos el joven escritor y crítico Bernardo G. Barros para ocupar el sillón que había dejado vacante Aurelia Castillo de González—la ilustre bien amada de esta casa—se dispuso a escribir con el entusiasmo que la devoción al cargo le movía, el discurso de ingreso. Ya la traidora enfermedad que había de desplomarle poco más tarde, empezaba a minar su existencia; pero sobreponiéndose al dolor terminó su obra dentro de lapso reglamentario y la entregó a nuestro Presidente pidiéndole que precipitara su ingreso en la Academia porque quería sentarse entre nosotros "antes de morirse", presintiendo ya su triste fin.

La enfermedad fué más veloz que nuestra diligencia y cortó su vida sin permitirle el anhelado goce. Conmovióse la Academia ante la tragedia inesperada y acordó rendirle póstumo homenaje leyendo en una sesión dedicada a recordarle, el discurso que tenía ya presentado y que el propio Académico que había sido designado para contestarle—el Dr. Mariano Aramburo—se encargara de hacer su panegírico. Casi niño todavía era Barros cuando mostró su irrefrenable afición a las letras y al periodismo, alcanzando pronto renombre merecido, particularmente como crítico de arte, en cuya especialidad sobresalió, singularizándose entre nosotros por su talento, su juicio sereno y su laboriosidad. Sus estudios sobre arte culminaron brillantemente en las conferencias que ofreció en nuestro Ateneo. acerca de "La cultura japonesa", sobre el gran pintor Fortuny y sobre el "Arte Humorístico y muy particularmente en la famosa obra en dos tomos editada en Madrid sobre "La Caricatura Contemporánea", que es la única obra de esa índole escrita en castellano y que obtuvo un éxito resonante en todos los países de nuestra habla en los que circuló profusamente. Al morir preparaba un extenso estudio sobre el origen y progreso de la pintura en Cuba, del que es una parte el discurso de ingreso presentado a la Academia.

El Dr. Pedro Córdova y Leake, de nuestra Sección de Escultura, es otro de las que han dejado su sillón vacío. Ha muer-

to rodeado de prestigio, después de una larga vida consagrada a la ciencia, al arte y al profundo amor de los suyos. El doctor Córdova fué de los cubanos que emigró a España en la época de la revolución del 68, consagrándose allí al estudio con gran provecho y brillantez. En la Escuela de Arquitectura de Madrid dejó los recuerdos de alumno eminente después de haber obtenido el Diploma de Arquitecto. Vuelto a Cuba fué nombrado Arquitecto del Ayuntamiento de la Habana, y más tarde hizo oposición a la cátedra de Dibujo de la Escuela de Letras y Ciencias de la Universidad Nacional, que conservó hasta su muerte; fué además miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País. También se graduó de Abogado en nuestra Universidad y de Perito Mecánico en el Instituto, carreras que no ejerció; y como resultado de su larga práctica en la enseñanza ha dejado escrita una extensa obra sobre Dibujo Geométrico. Fué nuestro estimado compañero el tipo acabado del ciudadano digno: Geómetra eminente, conoció el formidable valor de la línea recta y la aplicó a todas las direcciones de su vida, por lo que su tránsito por este valle de lágrimas fué una constante prolongación hacia todo lo derecho y lo justo.

Del grupo de Académicos Correspondientes han muerto dos: Emilio Bacardí Moreau y César Cancio Madrigal. Fué el primero hombre de lucha, animoso y enérgico, a quien los viriles arrestos dieron carácter y significación entre sus conciudadanos. La fibra patriótica vibró en él con frecuencia, manifestándose siempre leal a los más nobles ideales políticos.

Esas circunstancias y su fama de hombre organizador que le dió el haber dirigido con éxito una gran empresa industrial, lo llevaron al puesto de Alcalde de su ciudad nativa: Santiago de Cuba. Y más tarde, vino a la Habana investido con el cargo de Senador, que desempeñó durante el primer período de nuestra vida republicana.

Sus variadas actividades no le impidieron cultivar la literatura. Fué un escritor fácil y de extraordinaria fuerza de expresión. Su primera obra publicada es de carácter histórico, se titula "Crónicas de Santiago de Cuba", y revelan el talento claro de su autor al recoger con gran laboriosidad y darle forma interesante a muchos hechos y anécdotas que hubieran

permanecido inéditas. Sus famosas novelas "Via Crucis" y "Doña Guiomar" le dieron título de fácil y exacto narrador de costumbres locales. También escribió un bello ensayo dramático representado en Santiago de Cuba y numerosos artículos y cuentos que están diseminados en la prensa periódica, particularmente en la de Santiago de Cuba. En esta Academia nos deleitó no hace mucho con una interesantísima conferencia sobre la vida y las obras de la Condesa de Merlín.

Y por último, César Cancio Madrigal, el poeta sencillo y alado que escribió sus versos con suaves medias tintas; el regocijado humorista sin hiel que no supo nunca de la diatriba ni de la afrenta; el mirlo blanco de nuestros políticos que pudo vivir inmaculado entre ellos. A principios del curso académico pasado nos ofreció Cancio una lectura de sus versos escogidos, particularmente de su doliente y tristísima colección de "Maripositas" y cuando la Academia se disponía a incluir la interesante recitación en el programa de una de sus sesiones públicas, nos avisó el poeta que desistiéramos de ello porque el mal que padecía su adorable primogénita se había agravado. Esa gravedad se acentuó y en plazo brevísimo murió, en plena primavera, la delicada señorita... Conmovió tan hondamente a nuestro amigo la muerte de su hija que a los treinta y seis días la siguió a la tumba, desmintiendo a los que creen que sólo matan los males del cuerpo.

Ante esas tumbas de nuestros hermanos en ideales se inclina la Academia para depositar sobre ellas las más fragantes flores del recuerdo.

He dicho.

22133

END OF
TITLE